



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

LA SOBERBIA

La semana pasada les hablé de la lista de vicios capitales que se aceptó y transmitió durante 15 siglos de cultura cristiana. Los moralistas consideraban que en su origen había siempre una pasión, un deseo tiránico, de manera que, en realidad, al hablar de los vicios capitales estaban hablando de las pasiones mortales. Discutieron acerca de cuál era la cabeza de todos los vicios. Hubo tres candidatos. Unos pensaban que era la gula, porque era el que nos acercaba más a los animales. Otros, con la autoridad de san Pablo,

decían que era la avaricia. Pero la mayor parte consideraba que era la soberbia. Esto me parece un caso digno de un buen detective. ¿Por qué tan finos catadores de la perversidad humana consideraban tan destructiva la soberbia? La definían como el deseo desordenado de ser preferido a los demás, pero esto no es más que vanidad, que me parece opuesta a la soberbia, porque mientras esta desprecia a todos, aquella necesita el aplauso o la admiración ajena y, por lo tanto, necesita de los demás. La ostentación no es soberbia. Como cuenta el historiador Jacques Duby, la altura de las catedrales mostraba el orgullo arrogante del obispo o del abad bajo cuyo patrocinio se construía. En Beauvais, el obispo decidió construir una torre tan alta, “que quienes la vean pensarán que estamos locos”. Alcanzó 153 metros. Duró sólo cuatro años. Vanidad de vanidades y todo vanidad, dice el Eclesiastés.

Tenemos pues que buscar otra razón más profunda de la negra primacía de la soberbia. Y no encuentro una, sino tres. La primera nos viene de los griegos, que ya le habían concedido el primer puesto en el *hit parade* de los vicios. La llamaban *hybris* y la definían como la desmesura engreída, la certeza de estar por encima de los demás, incluso de los dioses. El personaje que encarnaba la soberbia es Prometeo, que había robado el fuego divino –y creado de paso la cultura humana–. La segunda razón la da Tomás de Aquino: el soberbio tiene un desordenado amor a sí mismo, lo que le hace pensar que todas las demás personas están ordenadas a él. La tercera viene de Spinoza, que sorprendentemente la elogia: *Superbia est laetitia*. La soberbia es

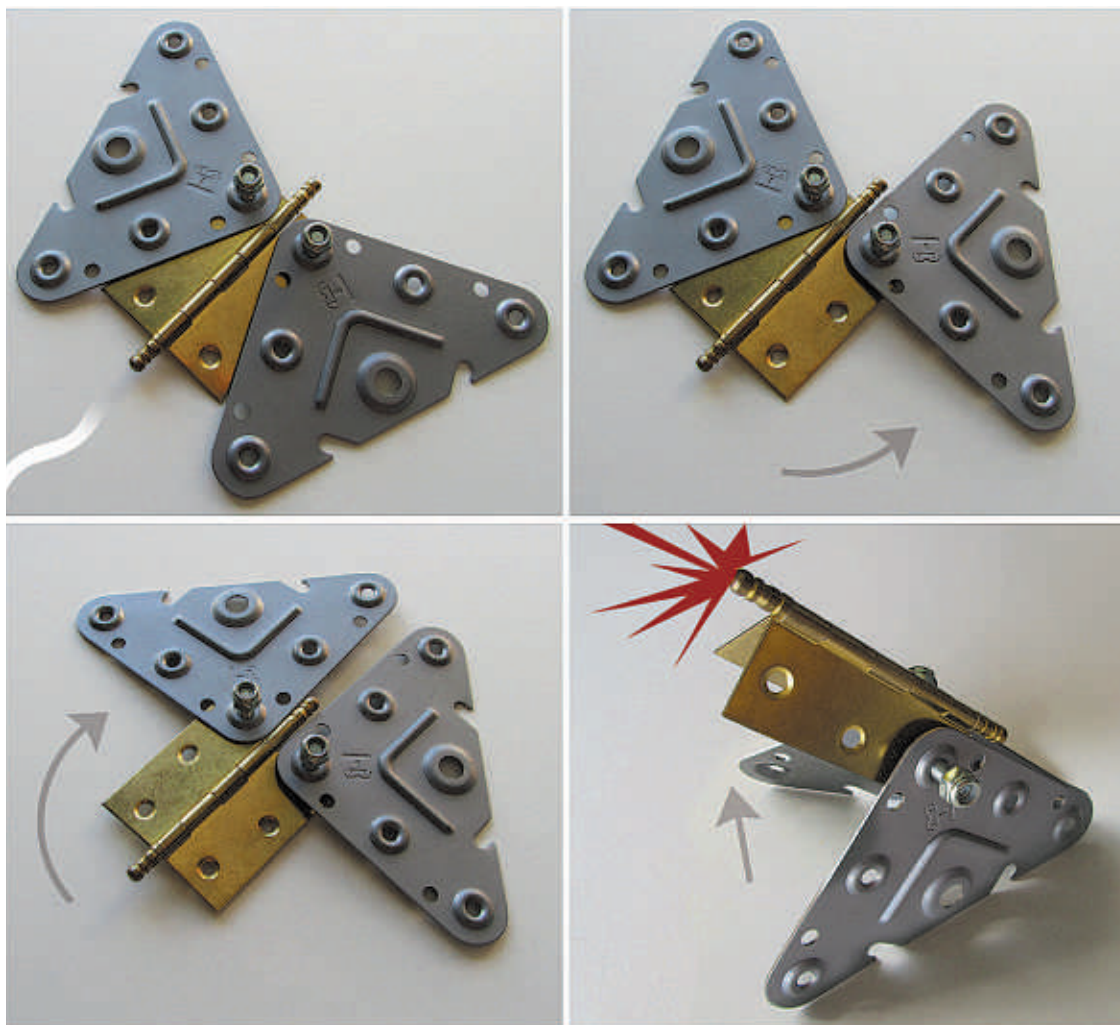
LOS TIRANOS SON EL VIVO EJEMPLO DE LA SOBERBIA: CREEN QUE POSEEN LA RAZÓN ÚNICA Y QUE TIENEN EL DEBER DE APLICARLA

alegría. La alegría, a su vez, es conciencia del propio poder. Mezclando las tres cosas, sale una figura aterradora: el soberbio disfruta con el poder, vive en la desmesura y considera que todas las personas están a su servicio.

La pasión de mandar es una de las modalidades de la soberbia. Los tiranos la ejemplifican.

Hitler se consideraba

la voz del pueblo alemán, él dictaba la ley y no estaba sometido a ella. Y encastillado en esa altanería diabólica, podía destruir a quien se opusiera a sus planes. Con motivo del juicio de uno de los dirigentes de los jermes rojos, culpable del asesinato de 40.000 personas, Tristan Todorov comentaba que lo más inquietante del caso era que no parecía un monstruo, sino un hombre capaz de cualquier sacrificio por defender la causa que consideraba justa. Fue su afán redentor lo que le condujo al genocidio. Es decir, fue su soberbia. Robespierre desencadenó el terror movido por sus buenas intenciones. Le llamaban *el incorruptible*. Hubieran debido llamarle *el soberbio*. Como sucede en todas las inquisiciones, se da una soberbia del convencimiento, una altanería de la pureza que, alardeando de defender el bien, produce horrores interminables. Esto es lo que los clásicos habían intuido al decir que era el más capital de todos los vicios. El más inhumano. Puedo seguir confiando en su perspicacia. ■



Raúl